

El regreso

Daniel G. Domínguez

Sábado noche, casa del matrimonio Jiménez-Alba. El matrimonio solía acostarse temprano, a sus setenta y pico años no tenían nada mejor que hacer, no tenían cuerpo para fiestas y la programación nocturna era pésima, así que tras su habitual copa de coñac, Alfonso decidió irse a la cama. Esa noche se encontraba solo, Julia había ido a pasar el fin de semana con su hermana Lucía, que había insistido en que se vieran, ya que necesitaba ayuda para coser unas prendas que debía entregar el lunes.

Nunca le cayó bien su cuñada, para él era una solterona miedosa de compartir una vida, dedicada única y exclusivamente a su profesión, modista, defensora de los débiles cuando ella misma era una de ellos. Para él su esposa era el ejemplo perfecto de mujer, dedicada en cuerpo y alma a su familia, siempre atenta y servicial, con la casa siempre recogida y limpia, y una cocinera excelente.

En verdad, casi nadie le caía bien... Los "amigos" los podía contar con los dedos de una sola mano y se limitaban a compañeros de mus y dominó en el bar que había enfrente del bloque de edificios en el que vivían. Religiosamente todas las mañanas ejercía la vida de jubilado en dicho bar, entre partida y partida, entre copas de anís, orujo o whisky, según le apeteciera... Pepe, el camarero, conocía muy bien a Alfonso, era cliente desde hacía ya mucho, tanto que aunque tenía veinte años menos que él, los mismos que llevaba trabajando en el bar, siempre supo que Alfonso no dejaría de ir ni un solo día. Un cliente de este tipo no se encontraba todos los días, así que procuraba que su copa nunca estuviera vacía.

Llevaba un buen rato acostado sumido en un profundo sueño, cuando despertó sobresaltado. Le había parecido oír el chirriar de la puerta que daba al rellano... Hizo memoria, aunque todo estaba algo nublado, turbio. ¿Echó la cadena antes de irse a dormir? Sabía muy bien que la cerradura no funcionaba, él mismo la rompió una mañana cuando salió dando un portazo, enfadado por algo que ahora no recordaba. No la arregló pese a que hacía un año de aquello, no se llevaba bien con el bricolaje y el manitas de la casa era su único hijo, pero este hacía ya muchísimo tiempo que se había marchado de la casa, buscando independencia y libertad. Le restó importancia al asunto, se convenció a sí mismo de que el sonido provenía de algún sueño o pesadilla. Volvió a cerrar los ojos dispuesto a dormirse.

Una figura humana cruzó la ventana, haciendo parpadear la luz de la farola que entraba por la ventana un instante.

Alfonso abrió los ojos de nuevo, un nudo se formó en su garganta. ¿Sería su cerebro recién despierto jugándole una mala pasada? ¿O alguien habría entrado? Abrió todo lo que pudo

los ojos, buscó entre la oscuridad sin resultado alguno. Empezaba a sentirse estúpido y paranoico, sonrió... Fue entonces cuando una sensación muy intensa se clavó en su nuca.

Alguien le estaba observando desde algún rincón oscuro de la habitación, en silencio. El vello se le erizó, el silencio era interrumpido por un leve sonido, apenas perceptible, de la tela de unos pantalones moviéndose al caminar, lentos, muy lentos.

—¿Julia? ¿Eres tú? —dijo con voz temblorosa.

La cama recibió una fuerte sacudida, algo pesado cayó encima de Alfonso aprisionándole brazos y piernas, sintió un golpe en la boca e intentó gritar. Tarde. El sonido de su voz no fluía hacia fuera, solo llegaba un ruido amortiguado, comprendió en seguida que el asaltante se la había tapado. El desconocido le dio la vuelta y con destreza le ató las muñecas y tobillos con bridas, cuando lo hizo volvió a colocarlo en la primera posición, cara a cara. Situó su rostro muy cerca del de Alfonso.

—Mírame bien, contemplarás a alguien que no has visto jamás... —Aquella voz estaba repleta de odio.

El anciano reconoció la voz, los ojos se le tornaron llorosos. Al concentrar su vista la luz de las farolas fue suficiente para ver quién era su asaltante. La bolsa de plástico transparente que le cubrió la cabeza le impidió cerrar los párpados, el aire que intentaba aspirar desesperadamente no llegaba.

El asaltante no apartó su mirada de la de Alfonso ni un solo momento, hasta que este, poco a poco, dejó de forcejear. En un instante cortó las bridas, unos minutos más tarde retiró la bolsa de la cabeza del cuerpo inerte y lo colocó de manera que parecía seguir durmiendo, sin quitarse los guantes de cuero negro que enfundaban sus manos. Ya relajado y sintiéndose muchísimo mejor de lo que lo había hecho en años, volvió a atornillar la cadena de la puerta exterior. Con la misma entrecerrada y desde el rellano con la ayuda del destornillador y retorciendo un poco la mano, la puso como si hubiera sido cerrada desde adentro.

El asaltante abandonó la casa eufórico con una sonrisa en el rostro.

—Ahora la ley la marco yo.